

único delito, á los ojos del opresor, era seguramente haberse portado siempre como dignos liberales.

En la *Gaceta* del 15 de marzo apareció ya sancionada por la corona el decreto de autorizacion; desde entonces subió de punto la ansiedad y el conflicto público. Mandaron aproximar tropas y se ordenó que de los departamentos de artillería viniesen algunos trenes á Madrid.

El 22 se suspendieron por medio de un decreto leído por el duque de Valencia las sesiones de la representacion nacional.

Esta medida vino á poner el colmo á los temores concebidos con tanto fundamento desde que se presentó el proyecto de ley en las Córtes.

Este decreto fué como la última voluntad, como el codicilo de un testador que despues de haber desheredado á sus hijos los priva de toda defensa, inhabilitando á los únicos tutores que en su aflictiva posicion podian quedarles.

Sancionada ya y publicada la ley de autorizacion y cerradas las Córtes, quedó de hecho, no solo autorizada la *dictadura*, sino el cohecho, las venganzas parciales, la falsa delacion que se adoptaron bien pronto y que influyeron esencialmente en los tristes sucesos ya relatados y en otros no menos horribles que tenemos que relatar.

Con todo, el dictador se pavoneaba con aire de triunfo, y entre los sordos gemidos de las víctimas, exclamaba satisfecho:

—He restablecido el orden y la tranquilidad en Madrid.

Antes de ser testigos de este ponderado orden, digamos algo del hermano de María, que tambien halló refugio en otra casa con el honrado negro Tomás.

CAPITULO VIII.

UNA RESPUESTA FAVORABLE.

—¿Tomás?

—Señorito...

—¡Hola!... parece que tampoco duermes.

—No he pegado los ojos en toda la noche. No paro de pensar el cuidado en que estará mi señorita. Voy á levantarme y llegar-me allá...

—¿Qué estás diciendo?

—Han dado ya las seis, señorito.... es enteramente de dia....

No me he levantado antes porque me figuraba que estaba usted durmiendo. Voy, pues, á vestirme corriendo para llegarme á casa, si usted me da licencia.

—¿Has perdido el juicio?

—Ahora no hay peligro ninguno; parece que todo está tranquilo.

—No digas disparates; ahora es cuando andará la policia ha-

—ciendo de las tuyas. Estamos demasiado comprometidos... y digo... tú, que llevas en tu color una circunstancia que te distingue tanto.....

—Y hemos de permitir que esté mi señorita llena de zozobra.....

—¿Y acaso podrás llevarle noticias de mi padre y de su es-
poso?

—Verdad es que nada sabemos de ellos. Tal vez habrán vuelto á casa... permítame usted que vaya y saldremos de dudas.

—Te lo prohibo terminantemente.

—Paciencia... de todos modos voy á vestirme.

—¿Qué tontería!... Hace dos horas que nos hemos acostado... ¿Y qué vas á hacer cuando estés vestido? Mira si puedes dormir, y déjate de cuentos.

—Yo me pudro en esta cama, pero si usted no quiere que me levante, me estaré quieto para que usted duerma, toda vez que parece tiene usted sueño.

—¿Yo sueño!... ¡yo dormir! Estás muy equivocado, Tomás; pero no importa que yo no duerma, soy jóven y tengo resistencia para estos contratiempos.

—Buen modo tiene usted de llamarme viejo.

—No es ese mi ánimo; pero debes conocer que á tu edad es tan necesario el descanso, como el alimento, y una vez que la suerte nos ha proporcionado buena cama, procura dormir un rato, y mas tarde veremos lo que deba hacerse.

—Está visto, quiere usted dormir.

—¿Dormir yo! ya te he dicho que en todo pienso menos en eso.

—Pues yo tampoco quiero dormir.

—Como gustes... Estaremos en conversacion.

—Prefiero eso, por mas que nada bueno podamos decir en ella.

—Te equivocas, podemos hablar de los dueños de esta casa.

—Parecen personas decentes.

—Y muy amables y generosas.

—Señorito... la verdad..... todo lo que no sea hablar de mi ama, tiene tan poco interés para mí.

—¿Con que no te gusta la conversacion?

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Eres un ingrato.

—Jamás he tenido ese defecto, señorito.

—Pues ahora estás dando una prueba de la mayor ingratitud.

—No le entiendo á usted.

—Hace poquísimas horas que estamos en esta casa; se nos ha dispensado en ella una acogida que no podíamos esperar.

—Es cierto; pero porque yo he dicho que era usted hermano de la señora marquesa de Bellañor.

—Te equivocas; tú has dicho eso en la mesa... ya nos habian preparado una cena opípara; y cuántos deseos de complacernos, cuántos cuidados nos ha prodigado la señora de la casa!

—Doña Úrsula..... verdad que se deshacia en cumplimientos. Se conoce que es la que lo gobierna todo. Solo tiene el defecto de hablar demasiado... y á su pobre marido no le deja meter baza... Parece un infeliz don Nicomedes.

—Y es uno de los hacendados mas ricos de Madrid.

—Segun dice doña Úrsula.

—¿Y por qué no ha de ser verdad?

—No digo que no lo sea.

—Lo cierto es que nos tratan con esplendidez.

— Esto está en el carácter de todos los madrileños, señorito. Cualquiera que hubiera sido la casa donde nos hubiéramos refugiado se nos hubiera tratado con la misma amabilidad.

— ¿Y qué me dices de la hija?

— Me ha parecido modosita... bien educada...

— ¿Nada más?

— Y que le miraba á usted con unos ojuelos tan picarillos...

— ¿De veras? ¿Y cómo reparas en esas cosas? Pero será preciso mudar de conversacion. Has dicho antes que no tenia interés para tí, y lo siento.

— ¿Lo siente usted?

— Ya se ve que lo siento.... hay en mi corazon una necesidad imperiosa... me seria muy grato depositar en alguna persona honrada cierto secreto...

— ¡Dios nos la depare buena!

— Pero si te empeñas en que dejemos una conversacion que nada te interesa...

— La cosa ha mudado de aspecto, señorito; y acaba usted de escitar mi curiosidad de un modo que...

— Nada, nada, hablemos de las causas que pueden haber hecho fracasar la conspiracion de anoche.

— ¡Maldita conspiracion! ¿Y qué decia usted de cierto secreto?... ¿Le han flechado á usted los ojos de la niña?

— ¡Pero de qué modo, Tomás!

— ¡Oigan!

— Es tan hermosa!... tan modesta!...

— Y rica.

— Eso es lo de menos.

— Bueno es que haya de todo, señorito. Vamos, no hay mal

que por bien no venga. Temia usted ser fusilado de esta hecha, y va usted á salir novio. Pues mire usted, hay quien dice que es mejor lo primero que lo segundo.

— Haces bien en burlarte de mis necedades. No debia haber depositado en tí mi confianza.

— Vamos, no se enfade usted, y hablemos con formalidad. Pregunte usted á mi ama quién ha sido el confidente de todos los secretos de su corazon. Pregúntela usted si tuvo que arrepentirse una sola vez de haberme revelado sus secretos. Me hace usted un agravio muy grande, señorito, al decirme que ha hecho mal en depositar en mí su confianza. Haga usted lo que guste... no me es lícito exigir nada... ¿quién ha de fiarse de un negro?

— Yo, Tomás, yo me he fiado de tí, porque sé quién eres, sé el cariño que te profesa mi hermana, conozco tu honradez, y te quiero lo mismo que á mis hermanos. Tus virtudes te han granjeado el amor de toda la familia. Todos sabemos lo que has hecho por mi hermana Maria, lo que has hecho por su marido; y hay cosas que no se olvidan nunca.

Durante la precedente conversacion iban maquinalmente vistiéndose los dos interlocutores.

— No hablemos de eso, señorito; yo no he hecho más que corresponder como he podido á las inmensas bondades que me han prodigado mis amos.

— Pero me es doloroso que dudes de la confianza que me inspiras, precisamente en el momento en que estoy dándote un testimonio de ella.

— Disimule usted... empiezo ya á volverme gruñon como todos los viejos. No haga usted caso de mis chochees. ¿Con que está usted enamorado?

— Sí, mi buen amigo, y como el interior de Carolina corresponda á su belleza exterior... si llego á concebir una leve esperanza de ser correspondido, recelo que este amor que ya me abrasa el alma, será en breve una pasión frenética... una de esas pasiones que tienen su término en el sepulcro.

— ¡Carolina!... hasta el nombre es muy bonito. Parece imposible que de un Nicomedes y una Úrsula haya salido una Carolina. Pues señor, no hay más que ver si hay ó no exageración en los grandes elogios que mamá ha hecho de la niña, y en el caso de que sea digna de merecer el amor que usted la profesa... pelillos á la mar y manos á la obra. Un hermano más en la cofradía... ¿qué quiere usted hacerle? Y no vaya usted á pensar que me burlo de su pasión porque sigo los impulsos de mi gozo. Crea usted que le tengo en ver que en medio de nuestras desgracias, viene este incidente á distraernos de ellas. Incidente muy feliz si la niña es rica y virtuosa como dice su mamá, porque en cuanto á amable y bella no hay más que pedir. Una cosa me ocurre.

— Habla.

— Si se lleva á efecto el enlace, será preciso que haga usted padrino al general Narvaez. El será la causa de este casamiento.

— Todo lo tomas á chanza. ¡Hola! aquí tenemos papel y tintero; voy á escribir á mi madre y á María para que no vivan con cuidado; pero no les diré dónde estamos, á lo menos por ahora; no podrían contenerse de visitarnos y esto podría ser nuestra perdición. Me limitaré á manifestarles que estamos en completa seguridad.

— ¿Y cómo sabremos si su padre de usted y mi amo han vuelto á casa?

— Encargaremos al que lleve la carta que lo pregunte, y nos

traiga una contestación verbal, sin descubrir nuestro paradero.

— Mire usted que yo no quiero estar muchos días lejos de mi señorita. Usted está ahora muy bien en esta casa; pero como yo no tengo aquí ninguna Carolina...

— Tienes á doña Úrsula y á don Nicomedes — objetó riéndose Manuel y se sentó á escribir las espesadas cartas, mientras Tomás se entretenía en levantar las camas, arreglar la alcoba, cepillar la ropa, etc.

Serian las ocho cuando llamaron á la puerta del aposento donde Manuel y el negro Tomás habían tenido el precedente coloquio.

— ¿Quién es? — preguntó el negro.

— Mi señora desea saber si están ustedes visibles — dijo de la parte de afuera una criada.

— Estamos á su disposición — respondió Tomás, y dirigiéndose á Manuel, añadió: — prepárese usted á recibir una visita de mi señora doña Úrsula.

— Con mucho gusto — dijo Manuel.

Y aproximándose al espejo se compuso el lazo de la corbata y se atusó un poco el pelo.

Tomás abrió la puerta del cuarto de par en par, y no tardaron los afortunados huéspedes en ver aparecer á la hermosa Carolina con un plato en la derecha que contenía su gícara de chocolate y bollos, y otro en la izquierda con un gran vaso de leche. Este refrigerio era para el joven Manuel.

Seguia á la señorita una criada con iguales requisitos, que entregó á Tomás y desapareció.

— ¡Oh! señorita — exclamó ruborizado Manuel al apoderarse de los platos que le presentaba Carolina — esto es demasiado. Bas-

taba que la muchacha nos hubiera avisado, sin que usted misma se molestara...

—No es molestia ninguna — balbuceó con notable timidez Carolina.

Manuel dejó el chocolate y la leche en la mesa donde acababa de escribir.

Tomás se separó todo lo que pudo con el laudable intento de no estorbar. Dejó la leche sobre una cómoda y empezó á tomar el chocolate de pié, haciéndose el distraído.

—¿No se sienta usted? — preguntó Carolina á Manuel, que la contemplaba absorto, sin hacer caso del chocolate.

—Si usted se sienta antes...

—Mamá me ha dicho que va á venir al momento — dijo Carolina llena de confusion y se sentó como por máquina fijando la vista en el suelo.

Entonces se sentó Manuel, y mojando en el chocolate un pedazo de bollo le ofreció á la hermosa jóven, diciendo:

—Espero no merecer un desaire.

La jóven levantó la vista con candorosa modestia, dirigió á Manuel una dulcísima mirada acompañada de una sonrisa celestial, y despues de aceptar el obsequio, bajó otra vez los ojos, cubriendo sus mejillas con el hermoso carmin del rubor.

—Ahora es consiguiente un sorbito en este vaso — añadió Manuel alentado por aquella mirada que acababa de hacerle la dichosa revelacion que anhelaba.

—No tengo sed — repuso tímidamente Carolina.

—¿Cree usted en las preocupaciones del vulgo?

—No sé de qué preocupaciones me habla usted.

—Se dice que el que bebe en ageno vaso, deposita en él los

secretos de su corazon, que dejan de serlo para el que apura la misma bebida. Tal vez teme usted que descubra por este medio lo que pasa en ese corazoncillo...

—No pasa nada en él.

—¿De veras? ¿No encierra alguna tierna simpatía?

—Tal vez.

—¿Y por eso no quiere usted beber en mi vaso?

—Beberé si usted se empeña.

Y Carolina hizo una leve libacion en el vaso de leche.

—Ahora no trocariá yo esta leche por la ambrosía de los dioses.

Y Manuel que seguia tomando el chocolate, bebió la leche hasta la mitad del vaso.

—Yo no sé cómo tarda tanto mamá — dijo con impaciencia Carolina.

—¿Molesta á usted mi conversacion, señorita?

—De ningun modo, caballero.

—Como veo á usted impaciente...

—Me ha dicho mamá que no tardaria en venir.

—Su mamá de usted es muy amable, y recibiré con mucho gusto su visita; pero la presencia de una hija tan encantadora como usted, me hace olvidar á la madre. Con solo ver á usted, me considero yo muy feliz.

—Es usted demasiado galante.

—No es galantería, es la pura verdad; pero veo que mi presencia le causa á usted un efecto contrario. Eso es que su corazon tendrá ya otro dueño.

—No lo crea usted — respondió la inocente Carolina haciendo y deshaciendo nudos en una de las puntas de su pañuelo de batista.

- ¿De veras está libre su albedrío?
- Si señor.
- Imposible parece.
- ¿Imposible?
- Como quiere usted hacerme creer que siendo tan linda, deje de tener un largo séquito de adoradores...
- Verdad es que no puede una librarse muchas veces de ciertos impertinentes...
- ¿Me cuenta usted por desgracia en ese número?
- ¡Oh! no señor...
- Y entre esos impertinentes á que usted alude, no puede haber alguno que haya merecido la dicha de agradar á usted?
- ¡Me hace usted reír! — exclamó un poco mas animada Carolina, mirando al jóven Godinez con afectuosa donosura.
- ¿Cómo así?
- Ya ve usted, que si alguno de esos pisaverdes mereciera mi cariño, no les hubiera calificado á todos sin distincion de impertinentes.
- Es verdad; disimule usted mi torpeza. ¿Y querrá usted hacerme creer que su corazon está enteramente libre?
- Tampoco he dicho eso.
- ¿Luego... ama usted?
- Temo que sí.
- ¡Lo teme usted! ¿Hay acaso pasion mas deliciosa que el amor? ¿Puede temerse este afecto cuando es hijo de la virtud?
- Los hombres no siempre llevan tan saludable guia para sus conquistas amorosas.
- Verdad es que hay hombres muy libertinos, no puede negarse, pero tambien los hay pundonorosos y leales. Usted le ha-

- brá elegido entre estos últimos, ¿no es verdad?
- No me toca á mi hacer la eleccion. Tal vez el jóven que pudiera satisfacer las exigencias de mi alma, preferirá otros amores, y en este caso tendria yo que sufrir y resignarme á mi desgracia.
- ¡Oh! no permita Dios que sea usted nunca desgraciada.
- ¿Tanto le interesa á usted mi suerte?
- Mas que la mia, Carolina, porque desde que he visto á usted no tengo un momento de tranquilidad. He olvidado lo crítico de mi posicion, he olvidado todas las demás afecciones... de nada me acuerdo mas que de usted... de su belleza... de sus gracias... ¡Ay, Carolina! la amo á usted con todo el fuego...
- ¡Silencio!... mamá llega.
- Y así era la verdad.
- Miralos.... miralos..... juntitos como dos tortolillas — decia alegre como unas páscuas doña Úrsula á su marido don Nicomedes, detenidos bajo el dintel de la puerta. — ¿No es verdad que harian buena pareja?
- Señora — dijo Manuel levantándose para saludar á los recién llegados. — Muy dichoso soy en verme tan favorecido.
- Los favorecidos somos nosotros, — repuso doña Úrsula — que tenemos la satisfaccion de poder ser útiles á tan apreciables sugetos.
- No hemos venido mas que á dar á ustedes molestias.
- ¡Molestias! ¿quiere usted callar? Lo que yo siento es no poder proporcionar á ustedes todas las comodidades que tendrán en su casa; amiguitos, será preciso que se contenten con la buena voluntad. Pero han madrugado ustedes mucho..... apenas habrán dormido un par de horas.

— No he podido dormir. La zozobra...

— Es natural; pero deben ustedes convencerse de que aquí no corren ningun peligro. El génio pacífico de este santo varon — y miraba á don Nicomedes — les pone á ustedes al abrigo de toda sospecha. Es hombre que no pertenece á ningun partido. A veces me da ira su impasibilidad; ya se vé, como yo he sido siempre tan patriota... tan exaltada... tan miliciana nacional...

— ¿No se sientan ustedes? — preguntó el negro Tomás aproximando una silla á doña Úrsula.

— Mil gracias — dijo doña Úrsula, y se sentó.

Los demás ocuparon tambien sus respectivos asientos.

— Un nuevo favor quisiera merecer á usted — dijo el jóven Godinez.

— Mande usted lo que guste — repuso doña Úrsula — que aquí todos los de la casa no tenemos mas placer que emplearnos en su obsequio.

— Pues ya que es usted tan amable, señora, desearia que por medio de algun criado llegára esta carta á manos de mi hermana.

— ¿De la marquesa de Bellaflor?

— Sí señora.

— ¡Gila! ¡Gila! — se puso á gritar la dueña de la casa.

Un momento despues estaba la criada en presencia de los concurrentes.

— Escucha bien el recado que vá á darte este caballero.

— Desearia que tuviera usted la bondad de llevar esta carta á casa del marqués de Bellaflor, á lo último de la calle de Toledo. Cualquiera le dará á usted razon.

— Afortunadamente no está muy lejos de aquí — añadió doña Úrsula.

Doña Úrsula vivia en la plazuela del Progreso.

— Ya sé dónde vive el señor marqués de Bellaflor — dijo la criada.

— Tanto mejor — exclamó Godinez. — Me hace usted el favor de entregar esta carta á la misma señora marquesa, y luego le preguntará usted si han vuelto á casa los señores que estaban ausentes, ó si han sabido algo de ellos; y se vuelve usted inmediatamente, porque me interesa mucho la contestacion.

— ¿Y aguardaré á que me la den por escrito? — preguntó la criada.

— Bastará que le digan á usted de palabra lo que hay, pues solo deseo averiguar si han vuelto á casa, ó si saben algo de ellos; pero si le preguntan á usted dónde estamos nosotros, diga usted que lo ignora... que un criado le ha entregado esta carta en la calle... cualquier cosa; pero no me conviene que sepan dónde estoy.

— ¿Estas bien enterada de todo? — preguntó doña Úrsula.

— Ya se vé que sí, y antes de un cuarto de hora estoy de vuelta.

La criada se fué corriendo.

— Es muy lista la muchacha — dijo doña Úrsula — y merece mi confianza entera. Hace muchos años que la tengo y le aseguro á usted que no es de lo que corre por Madrid. ¿No es verdad, Nicomedes?

— ¡Oh! es muy buena muchacha — respondió el bienaventurado marido.

— ¿Y qué se dice por Madrid? — preguntó Manuel.

— El barbero que acaba ahora de afeitarme — dijo don Nicomedes — me ha dado muy malas noticias. Estoy con un miedo...

— ¡Mire usted qué hombre ese! — exclamó en ademan de des-

precio doña Úrsula. — Tú al momento te acoquinas.

— ¿Y qué noticias son esas? — preguntó Manuel.

— Que anda muy revuelta la policía... y que se hacen muchas prisiones....

— No, pues lo que es aquí no han de venir — exclamó muy resuelta doña Úrsula; — nada; ustedes están aquí en completa seguridad, y hasta que pase el peligro no hay que pensar en salir á la calle.

— Pero damos á ustedes tanta incomodidad... — alegó el joven Godinez.

— Nada de eso, yo experimento muchísimo gusto en tener á ustedes en mi casa, y aunque hayan de estar en ella quince días, un mes, dos... un año... Lo que es para nosotros, señor don Manuel, crea usted que será mayor nuestra dicha cuanto mas larga sea su estancia en nuestra compañía... A mí me basta que sean ustedes liberales para que les tenga ley, porque ya he dicho antes que yo soy muy patriota.... muy exaltada.... El año 20 nos hallábamos nosotros en Barcelona cuando se proclamó la Constitución. ¿Te acuerdas, Nicomedes?

— Sí, me acuerdo que tenía un miedo...

— Y entonces era yo joven... ya se vé, quítame usted de encima veinte y ocho años.... Y fui de las primeras que se alistaron para la compañía de milicianas que mandaba la viuda de Lacy. ¿Te acuerdas, Nicomedes?

— Sí me acuerdo, y todo el día estabas con el manejo del arma.

— Y á tí se te caía la baba de gusto.

— ¿De gusto? Pues no creas que me diera mucho gusto verte jugar con armas.

— ¡Cómo jugar!

— Si señora, es muy espuesto... puede irse el tiro á lo mejor... y... al pensar en ello tiemblo como un azogado.

— Aquello no era jugar, señor mio, aquello era servir á la patria.

— Las mujeres casadas solo deben servir á sus maridos.

— Las patriotas tenemos otras obligaciones. Poco le faltó que no me hiciese comunera. ¿Te acuerdas de cuando iba vestida de miliciana?

— Ya se vé que me acuerdo.

— ¡Y qué uniforme tan bonito!.... ¿No es verdad que estaba bien, Nicomedes?

— Estabas como siempre... hecha un adefesio.

— Tú dices eso porque eres un servilon.... ¡trágala!.... un pancista... ¡trágala!...

— Un pancista sin vientre.

Esta contestacion de don Nicomedes hizo reir al joven Godinez, porque el marido de doña Úrsula era alto y flaco que se transparentaba.

Doña Úrsula, al contrario, era una señora gorda, llena de presuncion, aunque muy buena mujer. Imaginábase, como la mayor parte de las corpulentas mamás, que estaba de buen parecer, y muy tempranito solia acicalarse, cubriéndose la calva con una papalina llena de flecos encarnados, y empapando toda su ropa en toda especie de perfumes.

La conversacion, siempre insignificante como hasta aquí, por lo que la suprimimos á fin de no abusar de la paciencia de nuestros lectores, se prolongó mas de media hora, durante la cual repitió doña Úrsula muchas veces que era *patriota exaltada*, y que como miliciana habia estado bajo las órdenes de la viuda de Lacy,

poniendo por testigo á su marido, que no siempre la dejaba airo-
sa á pesar de su miedo cervical, y del profundo respeto que guar-
daba á su adorada mitad.

Regresó por fin la criada Gila, y acabó de tranquilizar los áni-
mos de los que allí se hallaban, si esceptuamos á don Nicome-
des, cuyo miedo era ya una enfermedad crónica que le atacaba de
vez en cuando, esto es, siempre que habia la menor alteracion
popular, así como á otros cuando hay revolucion atmosférica les
ataca la gota ó el asma.

Gila vió á la marquesa de Bellaflor cuando esta no habia ha-
blado aun con el banquero don Fermin, y acababa de leer la carta
de su esposo, en que le decia que tanto él como su padre estaban
en sitio seguro, que no corrían el menor peligro; y esta es la res-
puesta que colmó la alegría general.

¡Alegría que habia de ser efímera! ¡Alegría que habia desa-
parecido de la mayor parte de las casas de Madrid!... ¡y se decia
que en él reinaba el orden!

¡Maldito sea el orden que tantas lágrimas arranca á la ino-
cencia!



CAPITULO IX.

EL ÓRDEN REINA EN MADRID.

La tranquilidad que imperaba en Madrid despues del triunfo
de sus opresores, solo puede compararse con la que produjera el
terror en Varsovia, cuando las huestes del autócrata arrebataron
su independencia.

El silencio sepulcral de las calles, era únicamente interrumpi-
do por el rumor de las monotonas pisadas de las patrullas que se
cruzaban en todas direcciones.

En lo interior de las familias, el espanto se destellaba de to-
dos los semblantes; el horror, la indignacion y el deseo de ven-
ganza agitaban todos los corazones.

El hogar doméstico que habia sido ya profanado en mil pun-
tos por la inmunda planta de los asesinos, porque asesinos son los
esbirros de un poder arbitrario que hiere á la humanidad indefen-
sa, el sagrado asilo del pacífico ciudadano, ya no ofrecia seguri-
dad alguna al inocente.